

orillas del mar, y según otros historiadores, lo verificó en un subterráneo en donde se enseñaba en el difícil arte de la elocuencia, en el que había de descollar sobre todos los oradores que le habían precedido. Sólo allí, son testigos de ninguna especie, con la cabeza afectada, copiando á Tucídides, escribía las arengas que enseguida pronunciaba en aquel oscuro recinto; estudiaba el gesto, lo entonación, las inflexiones de la voz y las actitudes más propias para persuadir y mover á su auditorio. El actor Sático, uno de los más eminentes de la época, le dió algunas lecciones de declamación provechísimas al discípulo; pues éste corrigió sus gestos, su acción, su amaneramiento y otros efectos que le afeaban. Los que estaban acostumbrados á reírse de Demóstenes cuando supieron el género de vida que había adoptado, no solo se confirmaron en la idea que tenían formada de la escasez de su talento, sino que hasta se atrevieron á decirle: «Tus arengas huelen á aceite», á la cual contestó él: «Mi lámpara y la vuestra; sin duda, no alumbran los mismos trabajos». Por fin, á la edad de veinte y siete años se encargó de una causa que tenía tanto de política como de judicial, saliendo triunfante de ella. Desde este acontecimiento fué tenido Demóstenes como un gran orador; pero en donde demostró sus grandes dotes oratorias, fué en los discursos que hizo en Grecia; pues defendió durante quince años la independencia de su patria contra Filipo, casi todos los oradores populares se vendieron á aquel príncipe, bien temiendo los sucesos venideros, bien porque Filipo los venciese á fuerza de dádivas y seducciones.

Solo Demóstenes permaneció firme como una columna destinada á sostener el honor y la independencia de la república y en el espacio de quince años pronunció las magníficas arengas conocidas con el